

¡Demócratas musulmanes del mundo, uníos!

Debemos defender la moderación, el Estado de derecho y la libertad de expresión

FELIX MARQUARDT / ANWAR IBRAHIM / TARIQ RAMADAN / GHALEB BENSHEIJ | 10 FEB 2015 - 00:00 CET

Archivado en: Opinión Estado de Derecho Libertad prensa Terrorismo islamista Yihadismo Islam Ciencias políticas Política Terrorismo
Medios comunicación Comunicación Religión

Desde el final del siglo XIX, el movimiento para llevar a cabo una reflexión crítica sobre los fundamentos y las interpretaciones del islam ha perdido fuerza, debido a la hegemonía de una religión esclerótica y arabocéntrica, basada en una visión del mundo obsoleta y que con frecuencia desprecia a todos los musulmanes que no son árabes.

Hacemos un llamamiento solemne a los dirigentes musulmanes comprometidos con la democracia, tanto responsables políticos y religiosos como intelectuales y teólogos, a que se reúnan en Francia a principios de 2016 para definir los perfiles de una interpretación progresista del islam que esté sólidamente asentada en el siglo XXI.

Ha llegado la hora de que sigamos los pasos de eruditos como Malik Bennabi y pongamos en tela de juicio la doctrina histórica, nostálgica e idealizada que predomina en las sociedades de mayoría musulmana. De que examinemos con detalle los fracasos de nuestra civilización, desde la era precolonial hasta la de la globalización, y el motivo por el que los llamamientos periódicos a un renacimiento islámico se han quedado casi siempre sin respuesta.

También es crucial que (¡por fin!) retomemos el reformismo del ijtihâd emprendido por Muhammad Abduh, Abd al Rahman al Kawakibi y Muhammad Iqbal a principios del siglo XX: un análisis crítico e implacable del Corán y las tradiciones proféticas.

Cuando los asesinos justifican sus crímenes en nombre del Islam, nos agreden a todos nosotros, a nuestra fe y a nuestros valores

Debemos dejar de proyectar los localismos culturales en el dogma religioso; debemos discutir la legitimidad y la influencia excesiva de determinados países social y políticamente retrógrados a la hora de decidir qué es y qué no es islámico, quién es un buen musulmán. Y debemos dar más peso en este sentido a los musulmanes asiáticos, mucho más serenos, democráticos y legítimos, por motivos puramente demográficos. Los musulmanes de Asia, Europa, el África subsahariana e incluso América no son musulmanes de segunda clase. Demasiadas veces, el enfrentamiento entre Occidente y los Gobiernos árabes se disfraza de choque entre los occidentales y los musulmanes. Las personas, sean cuales sean su nacionalidad y su credo, deben ser libres para abordar su ciudadanía y su relación con la religión como les parezca. En 2015, insistir en ello no es solo occidental, es también islámico.

Además es importante no dejar que los autócratas vuelvan a empañar la imagen de nuestra religión, apoderándose de nuestra causa reformista y convirtiéndola en una burla de la aspiración fundamental de los musulmanes de todo el mundo en el siglo XXI: vivir en una sociedad justa y democrática. Si bien debemos expresar públicamente como musulmanes nuestra vinculación a la política laica, no debemos olvidar que, en todo el mundo, los musulmanes son las primeras víctimas tanto de los dogmáticos que defienden la literalidad y dicen hablar en nombre del islam como de los autócratas laicos que aseguran ser los únicos capaces de contener a los extremistas. Por más que dictadores como Bachar el Asad y el egipcio Abdel Fatah al Sisi, por ejemplo, clamen por una reforma del islam, no puede haber equívocos: no están con nosotros, ni nosotros con ellos.

Tenemos que tomar en serio al EI y Boko Haram cuando dicen que practican un islam riguroso: afirmar que los actos terroristas cometidos en nombre del islam no tienen nada que ver con la religión es como decir que las cruzadas no tuvieron nada que ver con el cristianismo. Que las acciones de esos

grupos terroristas provoquen acusaciones contra la “mayoría silenciosa” musulmana puede ser injusto, pero hay que abordarlas. Debemos hacer saber de una vez por todas a los asesinos salvajes que justifican sus crímenes en nombre del islam que, cuando atacan a alguien, nos atacan ante todo a los musulmanes, nuestra fe y nuestros valores. Los líderes de opinión musulmanes deben ser conscientes de su responsabilidad en este ámbito. Si no queremos ver el islam permanentemente cautivo, tenemos el deber de defender sin descanso la moderación y el enfoque reformista de la educación religiosa, la gobernanza, el Estado de derecho, la libertad de expresión y la protección de las libertades fundamentales, y al mismo tiempo adoptar una postura muy clara sobre la interpretación de las escrituras (ijtihâd).

Quienes pretenden dividir a la humanidad utilizan atajos cargados de ignorancia para vincular el islam a la barbarie y hacer pensar que en nuestra religión existe una violencia intrínseca, una solidaridad natural entre musulmanes y terroristas. En realidad, la gran mayoría de los musulmanes rechazan la violencia. Y cuando la libertad y la democracia sufren, ellos sufren también. El enemigo no es el vecino que va a la sinagoga, la iglesia o el templo. El peligro no es la vecina que prefiere no cubrirse el cabello con un pañuelo. El verdadero peligro está en otra parte: en el aislamiento, la ignorancia y la estigmatización del otro; en los prejuicios que nos separan cuando deberíamos unirnos como seres humanos.

Ha llegado el momento de volver las tornas contra los terroristas y fijar un nuevo rumbo para el islam en el siglo XXI. Está en juego nuestro futuro de demócratas musulmanes.

Ghaleb Bensheij es presidente de la Conferencia Mundial de Religiones por la Paz; **Anuar Ibrahim**, exvicepresidente de Malasia, es jefe de la oposición y presidente del Foro Mundial de Demócratas Musulmanes; **Felix Marquardt** es fundador de la Abd al Rahman al Kawakibi Foundation y el movimiento *Khlass the silence!* (Basta de silencio); y **Tariq Ramadan** es catedrático de Estudios Islámicos, Universidad de Oxford

Traducción de María Luisa Rodríguez Tapia